



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9971

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 28 DE ENERO DE 1895.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Farbourg-Moutmartre, 31.



La Señora

**D. Antonia Avellán y Vidal**  
de Montells.

Falleció en Madrid el día 26 del actual.

Su viudo Don Liberato Montells,  
hermano, hermanos políticos, primos, tíos  
y demás parientes,

participan á sus numerosos amigos  
tan irreparable pérdida, y les ruegan  
dediquen una oración por el alma de  
la finada.

## MUSEO COMERCIAL

PUERTAS DE MURCIA.—PASAGE CONESA  
Material completo para minas,  
obras públicas, agricultura y construcción

Motores á vapor, gas y petróleo.  
—Cables planos y redondos de  
acero, abaca y cañamo.—Herra-  
mientas de todas clases. Gomas y  
empaquetaduras.—Vías férreas y  
wagones.—Arados, prensas, boma-  
cas.—Cemento catalán.—Viguetas  
de hierro.—Tuberías é inodoros.—  
Papel y relieves para el decorado  
de habitaciones.—Basculas y Ro-  
megas.—Cajas de caudales.  
Se remiten precios y dibujos á  
quien los solicite.

## Castillos en el aire.

Desde que el angel anunció su

próximo arribo á este mundo de  
sinsabores, se pusieron los dos á es-  
perarlo.

Desde aquel momento hubo cam-  
bio radical en las costumbres. El  
abdico su imperio, es decir la pe-  
queña parte de imperio que se ha-  
bia reservado al casarse y la entre-  
gó toda entera en manos de aque-  
lla de quien habla de venir él. Me-  
sías deseado.

A medida que ella iba estando  
más interesante él se consideraba  
más pequeño y más obligado á ren-  
dir su voluntad ante aquel miste-  
rio viviente, que por misterio y  
grande tenía él á su mujer; desde  
que en un momento de íntima con-  
fianza se le escapó el gran secreto.

El no era un carácter ni mucho  
menos; si se enfadó alguna vez es

seguro que no pudo mantenerse se-  
rio más allá de media hora; pero  
desde que conoció el secreto ven-  
turoso, se hubiera picado mil veces  
la lengua si esta hubiera sido bas-  
tante osada para molestar en lo  
más pequeño á la que se presenta-  
ba antes sus ojos con los encantos de  
la mujer y adornada además de  
otros encantos que bien pueden  
contribuir á la santidad de la que  
las ostenta.

Y era de ver cómo la alegría iba  
transformando al hombre en niño;  
no parecía sino que anhelaba pon-  
er su espíritu al nivel del que ha-  
bla de venir á inundar de luz y de  
dicha su morada.

Por lo pronto quedaron olvida-  
dos los negocios. ¡Para negocios es-  
taba él! Si se ocupaba de ellos  
cómo había de cumplir sus debe-  
res de perfecto marido que le aconse-  
jaban vigilarlo todo y estar siem-  
pre alerta para impedir que el más  
pequeño disgusto pudiese trastor-  
nar aquel estado de cosas que se  
anunciaba tan á su gusto?

Además, tenía que ocuparse de  
mil cosas, todas indispensables,  
que no eran para confiarlas á mer-  
ceneras manos. Había que poner  
la casa de fiesta, de gran fiesta y  
había que preparar..... No, eso no  
lo podía hacer él; pero podía ayu-  
dar á su mujercita á elegir las te-  
las, los encajes y las cintas. De esto  
maldito sabía palabra; sin embar-  
go, no quería que dejara de preo-  
cuparle nada que tuviera relación  
con aquel hijo tan deseado que se  
le iba á entrar por las puertas de  
su casa de un momento á otro.

Las cosas humanas son ruda-  
bles. La felicidad es un mito. La  
lágrima que el placer empujó para  
que saliera á los ojos, mensajera  
del corazón satisfecho, se torna en  
heraldo del dolor antes de secarse  
en la mejilla. La sonrisa que la  
ventura enseñó en los labios se  
convierte pronto en manifestación  
de pena. Las explosiones de ale-  
gría hacen lugar á las explosiones  
del llanto

¡Desdichado del que espera au-  
mentar su compañía y se queda so-  
lo! ¡Pobre del que piensa aumentar  
su felicidad y pierde la que tenía!

El ángel que había anunciado su  
próximo arribo á este mundo de  
sinsabores, no llegó. Tal vez pre-  
senció desde las alturas este bata-  
llar constante de la vida humana  
y apercibió el rugir de las pasio-  
nes, y tuvo miedo de cambiar el  
cielo por la tierra.

Pero en el corazón de la mujer  
había germinado el cariño del hijo,  
y al volver éste al mundo de la  
luz, no volvió solo. Otro espíritu le  
acompañaba: el espíritu de su ma-  
dre.

Ya no está la casa de fiesta ni se  
oyen en ella gritos de júbilo. El  
dolor la ha visitado, y la muerte ha  
confeccionado una mortaja con el  
vestido de cristianar.

MARIO.

## La cuestión palpitante

Lagunilla, el diputado,  
una ley ha presentado  
en pró de la agricultura,  
que se halla en tan mal estado  
que casi no tiene cura.

De modo que ha conseguido  
por su empeño decidido  
en defender á Castilla,  
dejar de ser Lagunilla,  
agrandando su apellido.

Pues si al gobierno importuna  
Lagunilla, y con fortuna  
por nuestros trigos aboga,  
hoy Lagunilla es Laguna  
donde el gobierno se ahoga.

Lo que el país castellano  
no pudo conseguir antes,  
hoy lo logrará, y no en vano,  
pues nuestros representantes  
esta vez se han ido al grano.

Y armando una tremolina,  
con esa ley peregrina  
que tiene muchos bemoles,  
nos han metido en harina  
á todos los españoles.

¿Que la agricultura ofrece  
un cuadro desolador?  
¿Que Castilla se empobrece  
y que aburrido pereca  
por el hambre el labrador?

Para ese mal no hay recetas,  
y á remediarle me obligo  
sin valarme de más tretas...  
¡cuando al mal de sembrar trigo  
recolectemos libretas!

Yo aplaudo á los castellanos  
y elogio sus atíveces  
y sus propósitos llanos...  
¡porque también tengo granos  
en la cara, algunas veces!

José RODAÑO.

## TIJERETAZOS

Los trigueros están que trinan al vez  
que se les tiene olvidados.

Es lo que ellos dicen:

«Más trigo y menos mantel.»

Aunque en esta cuestión, cuando se  
resuelva, es el mantel lo que va á so-  
brar.

Decía un individuo de la clase de  
mosquitos en aquellos tiempos en que  
Prim andaba de la ceca á la meca  
viendo el modo de armar la revol-  
ción:

Verán ustedes cómo todo viene á  
parar en que se agube el rino.

Plagiando á aquel hombre son hono-  
res de Cuba podemos decir su presencia  
de la cuestión de los trigueros:

Verán ustedes cómo todo esto con-  
cluye aumentando el precio del pan.

¿Hay quien apueste algo?

Los profesores de instrucción pública  
de Velez-Málaga han dirigido á las  
Cortes una sentida exposición pidiendo  
que se paguen por cuenta del Estado  
las obligaciones de primera enseñanza.

Esos maestros no quieren que les pa-  
se lo que al compañero.

Y al ver que pelaban las barbas al  
vecino han puesto las suyas en remojo.

¿Se acuerdan ustedes de aquellos «Jua-  
nillones» que tantas hazas cometie-  
ron cuando andaban por el mundo  
«Pancha-nupla» y el «Buzo de Berje»?

224 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

contraba, requebrando á las muchachas, acaricián-  
do á los niños, hasta que llegó á la calle de la Serpe.  
Y allí ¿qué hizo? Entró en una platería é invirtió en  
un aderezo el dinero que le devolviera el conde de  
Bonavides, para regalárselo á Julia.

Su galanteo había sido siempre su ruina.

## CAPITULO XI

**L**AURA Moncada tenía costumbre de pasar una  
parte de la tarde en el jardín de la casa de  
sus padres adoptivos, y no porque estuviera segura  
de que Carvajal había de aprovecharse de esta favo-  
rable ocasión para tener con ella la explicación pro-  
metida, dejó de cumplir con su establecida costum-  
bre de recibir los últimos rayos de sol en el sitio que  
frecuentaba, á la hora silenciosa en que la oscuridad  
principia á imprimir su sello grave y melancólico en  
todos los objetos.

228 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

llo de flores que el amor delicado de Carvajal hacía  
aparecer en aquel sitio todas las tardes, como don  
misterioso de una hada, colocándole invariablemen-  
te á los pies de aquel banco favorito que Laura pre-  
fería; sin exigir en pago de su delicadeza más que  
la aceptación de su regalo, y sin decir jamás de pa-  
labra quien fuese la misteriosa hada que presenta-  
ba el canastillo, éste parecía absorber toda la aten-  
ción de la jóven.

Laura, aun no guiada hasta muy recientemente  
por el instinto del amor (que no sentía, pero que ya  
comprendía) adivinaba y adivinó desde el primer  
momento la procedencia de este regalo; y como don  
de un hermano querido lo había aceptado sin rep-  
licar.

En la tarde de que hablamos, aun sus manos no  
le habían llegado, pero sus ojos no se apartaban de  
él, y tanto absorbía su atención que Laura no se  
cuidaba más que de mirarle.

Había á su vista tomado el tal objeto la forma de su  
amante, y Laura, hacia cerca de media hora que se  
dirigía á él, como si Carvajal hubiera dejado de ser  
materia humana, y hubiese transmigrado en un ca-  
nastillo de flores.

Se dirigía á él, como si hubiera sido Carvajal, do-  
mos dicho: pero es preciso explicarnos, porque cual